

Hugo Bouter

# Escenas del templo en el evangelio de Lucas

Lucas 1:8 - 24:53

---

## Las contribuciones de Lucas al Nuevo Testamento

Gran parte del Nuevo Testamento se la debemos a Lucas, el querido médico e íntimo colaborador del apóstol Pablo (Col 4:14; 2 Tim 4:11). Como ya es sabido, es el único evangelista que escribió una larga secuela de su evangelio: los Hechos de los Apóstoles (cf. Lucas 1:1-4 con Hechos 1:1). Este segundo libro forja el vínculo entre los cuatro evangelios y el resto del Nuevo Testamento, en especial las cartas de Pablo. Nos muestra cómo la vida y la obra del Señor Jesús culminaron con la vida de la joven iglesia y la obra misionera de los apóstoles.

Lucas fue probablemente el único autor de origen pagano – se supone que un griego converso – que hizo sus contribuciones al Nuevo Testamento. Su evangelio también está dirigido a un griego converso, Teófilo, el «amante» o «amigo de Dios». Mientras que Mateo se dirige más en concreto a los judíos y presenta a Cristo como su Rey prometido, Lucas nos aclara que la gracia de Dios, manifestada en el Hombre Cristo Jesús, se extiende a todos los hombres. La venida y la encarnación de Cristo es la prueba de que Dios halla su regocijo en las personas, mostrándoles buena voluntad a los hombres (Lc 2:14). Lucas subraya el carácter universal de la salvación de Dios. A continuación, vemos en el libro de los Hechos que el Evangelio se extiende realmente entre las naciones.

## Jerusalén y el Templo

El alcance universal del mensaje de Lucas hace aún más extraordinario el que dedique tanta atención a Jerusalén y al templo, el centro de la religión judía. Su evangelio comienza y termina con personas en el templo. Zacarías era su sacerdote, e Isabel, su esposa, provenía de la casta de Aarón. Zacarías entraba en el santuario para ofrecer sacrificios (Lc 1:9). En medio de esta escena también vemos a Simeón y Ana con el Niño Jesús, y a este lo volvemos a encontrar cuando tenía doce años con los maestros rabínicos en el recinto sagrado (Lc 2:21s). El clímax de la tentación en el desierto tiene lugar aquí, en el pináculo del templo (Lc 4:9).

En este evangelio, encontramos muchas imágenes que concluyen con la presencia de los discípulos en el interior del templo después de la ascensión de Cristo (Lc 24:50-53). Merece la pena reflexionar sobre estas escenas y extraer de ellas las lecciones que tanto necesitamos. Por cierto, el interés que Lucas muestra por Jerusalén y el templo lo comparte con Juan, el cuarto evangelista, un conocido del sumo sacerdote (Jn 18:15). Jerusalén es el lugar de la crucifixión, resurrección y ascensión de Cristo. Es el lugar de su salida de este mundo y de su recepción en el cielo (Lc 9:31, 51), el lugar donde el «templo de Su cuerpo» fue destruido y volvió a la vida al cabo de tres días (Jn 2:19-22).

### El significado simbólico del templo

De este modo, ambos evangelistas describen los sucesos capitales de la historia de la redención que tuvieron lugar aquí, mientras que Juan alude de forma inmediata a un importante significado simbólico del templo de Jerusalén. Esta casa de Dios era una imagen de otra morada divina: el templo del cuerpo de Cristo, dado que en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad (Col 1:19; 2:9).

En segundo lugar, el templo era una figura del «cuerpo de Cristo» en la presente dispensación, es decir, que la iglesia es un templo santo en el Señor y la morada de Dios en el Espíritu (Ef 2:18-22). En tercer lugar, bajo el antiguo pacto, el tabernáculo y el templo representaban simbólicamente la morada de Dios mismo en los cielos (He 8:1-2; 9:11, 24).

Las escenas que Lucas esboza en el templo y sus alrededores son también aplicables a nosotros como «casa de Dios, la iglesia del Dios vivo» (1 Tim 3:15). Al fin y al cabo, la iglesia es actualmente el templo de Dios en el Espíritu, y sus miembros se acercan como sacerdotes a la santa presencia de Dios (1 P 2:5).

## Un pueblo sacerdotal

En Lucas 1 y 2, sin embargo, tenemos a Israel como pueblo sacerdotal por excelencia. Vemos a un remanente fiel que se mantiene en la tradición de Malaquías 3:16-17, que teme al Señor y busca Su rostro en Su templo. Zacarías e Isabel, Simeón y Ana, así como otros que esperaban la redención de Jerusalén, son sus representantes. Se les informa del cumplimiento de las promesas divinas sobre el Mesías que iba a venir. Dios se revela a ellos, mostrándoles el cuidado que dispensa a Su pueblo mediante el envío de Juan el Bautista – el precursor, el heraldo del Rey –, y del propio Rey, el Mesías prometido del linaje de David.

En el templo, en la santa presencia de Dios, se dan a conocer estas cosas a un pueblo sacerdotal, el cual se presenta ante Dios. Todo esto contiene una lección práctica para nosotros, que para escuchar más sobre la gloria de Cristo – quien vendrá a recogerlos – debemos acercarnos a la presencia divina en el santuario celestial y verle allí con el ojo de la fe (cf. He 10:19-22). Lo sencillo que esto resulta para nosotros, que vivimos en el tiempo de la gracia y podemos, por medio de Cristo, acercarnos en todo momento y libremente a Dios, no lo era para esos creyentes israelitas, ya que cuando acudían al templo de Jerusalén nunca se les permitía la entrada libre en el santuario.

## Resumen

A modo de resumen, encontramos las siguientes escenas del templo en Lucas y su aplicación práctica en la presente dispensación:

1. Primera escena: La presentación de una ofrenda de incienso al templo (Lc 1:5-23). Aquí tenemos al sacerdote Zacarías en el templo de Jerusalén. Como cristianos, ahora podemos llevar a cabo el servicio sacerdotal ante Dios y ofrecerle sacrificios espirituales en el santuario celestial. A diferencia de Zacarías, siempre tenemos la libertad de hacerlo por medio de la sangre de Jesús (Lc 1:8s; He 10:19-22; 1 P 2:5). La verdadera adoración no está limitada por el tiempo o el lugar (cf. Jn 4:23-24).
2. Segunda escena: Por la guía de la Palabra y el Espíritu de Dios, entramos en el templo (Lc 2:22-35). Cristo nació de la virgen María y bajo la ley (Gal 4:4). Fue presentado a Dios en el templo de Jerusalén de acuerdo con los preceptos de la ley. Simeón, que estaba lleno del Espíritu de Dios, entró «por el Espíritu en el templo» en aquel momento. Los creyentes proceden ahora del mismo modo que él, guiados por la Palabra de Dios y el Espíritu para dirigirse al santuario, la

casa de Dios, y ver a Cristo allí. El Espíritu Santo nos lleva a la presencia divina y nos muestra las glorias de Cristo, aun durante Su humillación en la tierra (Lc 2:25s; Jn 16:13-14).

3. Tercera escena: El servicio continuo a Dios en el templo (Lc 2:36-38). Aquí también vemos a la profetisa Ana en el templo. Al igual que ella, nosotros no vamos a servir lejos del templo. Viviremos continuamente en la presencia de Dios para servirle, al tiempo que daremos testimonio de Cristo a los demás y les hablaremos de Él (Lc 2:36-38).
4. Cuarta escena: El encuentro de Jesús en el templo (Lc 2:40-52). Como José y María, podemos buscar y encontrar a Cristo «en el santuario». Él sigue siendo el gran centro de atracción para todos los que le escuchan y son iniciados por Él en las cosas del Padre (Lc 2:49).
5. Quinta escena: Un sacrificio de purificación en el templo (Lc 5:12-16). Como personas que hemos sido limpiadas en principio y práctica de nuestra «lepra» – la contaminación del pecado –, nos presentamos ante el gran Sacerdote de la casa de Dios y llevamos un sacrificio de acción de gracias por nuestra limpieza. En Lucas 17 se repite esta escena, donde son diez los leprosos que quedan limpios. Sin embargo, uno de ellos es samaritano. La gracia que ha aparecido en Cristo ha derribado el muro intermedio de la división que existía entre Israel y los gentiles, y anula, en última instancia, la ley de los mandamientos y las ordenanzas (Lc 17:14; Ef 2:14-15; He 10:21; cf. Lv 14).
6. Sexta escena: El ascenso al templo para orar (Lc 18:9-14). La casa de Dios es ahora también un lugar de oración. Pero ¿cómo hay que orar? ¿Como el fariseo, o el recaudador de impuestos (Lc 18:11-13)?
7. Séptima escena: La limpieza del templo hoy (Lc 19:45-48). Los seres humanos somos capaces de convertir la casa de Dios en una «cueva de ladrones» y de pensar solamente en nuestros propios intereses. Por ejemplo, Israel convirtió en su día el culto a Dios en un servicio en torno al becerro de oro (Lc 19:45-46; cf. Ex 32-33). Cristo pone fin radicalmente a tales abusos, ya que el juicio comienza en la casa de Dios (1 P 4:17).
8. Octava escena: La enseñanza en el templo (Lc 20:1-8). La casa de Dios no es solo una casa de oración, sino un lugar de enseñanza. Esta enseñanza la imparte Cristo a Su pueblo como el gran Maestro celestial (Lc 19:46, 48; 20:1; 21:37-38; cf. Ef 4:1-16).
9. Novena escena: Sacrificios en el templo (Lc 21:1-4). Acudimos a la presencia de Dios no solo con ofrendas de alabanza y acción de gracias, sino también con

ofrendas de actos de bondad y repartición. Cuando damos, Dios mira el corazón, incluso si, como la viuda pobre, únicamente podemos dar dos piezas de cobre (Lc 21:1- 4; He 13:15-16).

10. Décima escena: El fin del templo (Lc 21:5-38). Pese a las apariencias, ninguna piedra del templo de Herodes iba a quedar sobre la otra. En la cristiandad se han levantado hermosos edificios, tanto espirituales como en un sentido literal, pero ¿podrán mantenerse en pie en el día del juicio? Debemos distinguir entre la casa de Dios, tal y como la construyen los hombres, y como la construye Dios en un templo espiritual en el Señor (1 Co 3; Ef 2). En definitiva, se trata del contraste entre la gran Babilonia y la Nueva Jerusalén. ¿Cómo construimos la casa de Dios?
  11. Undécima escena: El velo rasgado (Lc 23:44-49). Después de que Cristo muriera y realizara la obra de la redención, el velo de la casa del templo se rasgó en dos (Lc 23:45). Según Mateo y Marcos, se rasgó de arriba abajo. Dios mismo puso así fin, por decirlo de algún modo, al culto judío como forma de acercarse a Él.
  12. Duodécima escena: La alabanza en el templo (Lc 24:52-53). También nosotros podemos estar continuamente «en el templo» para alabar y glorificar a Dios, y ello sobre la base de la obra de redención realizada y en el poder del Espíritu derramado sobre los suyos por el Señor exaltado (Lc 24:53; Hch 2).
- 

